

Quedaron todos satisfechos

Los días de vacaciones son un don de Dios para reparar nuestras fuerzas. El alma reclama “un sitio tranquilo y apartado” para el descanso, para reponer fuerzas y continuar en la tarea encomendada. Jesús también buscaba este ambiente, en el que poder darse a la oración más abundante y en el que poder compartir con los más cercanos las inquietudes de su ministerio apostólico. Era un alto en el camino, después de la muerte de Juan el precursor, que hacía presentir la propia muerte violenta.

Sin embargo, también hasta ese ambiente tranquilo y apartado llega la gente buscando algo, o mejor, buscándole a Él, que tiene palabras de vida eterna. La gente disfrutó de Él, de su palabra, de su compañía. La gente se sentía a gusto con Él, y cada vez iban llegando más. Él sintió lástima de ellos y curó a los enfermos, como era habitual. Y esta búsqueda de Jesús y este encuentro con Él llegaron a plantear un problema de logística. En un despoblado y ya avanzada la tarde no había recursos para dar de comer a tanta gente, unos cinco mil sin contar mujeres y niños.

“Dadles vosotros de comer”, les manda Jesús a los discípulos. Un mandato provocador, una situación límite, que pondrá a prueba la confianza de los discípulos en su Señor. Lo que Jesús puede hacer, el milagro que va realizar, no quiere hacerlo Él solo. Pide colaboradores. “Traedme los cinco panes y los dos peces”. Y con esta materia prima tan escasa bastará para el gran milagro de la multiplicación de los panes, con que alimentar a aquella muchedumbre que buscaba a Jesús. Jesús es capaz de saciar a todo hombre que viene a este mundo.

Este milagro está preparando el gran misterio de la Eucaristía, que se prolonga a lo largo de la historia. Por el sacramento de la Eucaristía, Jesús continúa alimentando a todo el que se acerca a Él. No ya cinco mil, sino millones y millones de personas cada día, y especialmente cada domingo, se acercan a recibir este alimento de vida eterna. Pero hoy como entonces, Jesús no quiere hacerlo Él solo. Quiere tener colaboradores, y nos llama a compartir con él este servicio, el de saciar el hambre de la muchedumbre. Hambre material en muchos casos –todavía muchos mueren de hambre en este mundo, porque falta quien les dé de comer. Y hambre espiritual, porque la felicidad no consiste en tener, sino en encontrarse con Jesucristo, el único que da pleno sentido a la vida humana. Los discípulos de Jesús, hoy como entonces, tenemos la preciosa tarea de dar a conocer al Señor, el único capaz de satisfacer con creces el hambre del corazón humano.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*
(XVIII TO) 03.08.2008